

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera nº 309 (2ª Época). Junio 2018.

"Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.."

EN ESTE NÚMERO:

- 1. En el fondo, cuestión de ADN. Manuel Parra Celaya
- 2. Los pediatras de la División Azul. María Fidalgo Casares
- 3. Dionisio Ridruejo, un espíritu pegado a las vísceras de España. *José Javier Esparza*
- 4. Las debilidades de un editor falangista. Servando Rocha
- 5. Cautivos en Rusia, de Francisco Torres. María Fidalgo Casares
- 6. El Ausente, como referente de una actualidad. Manuel Parra Celaya

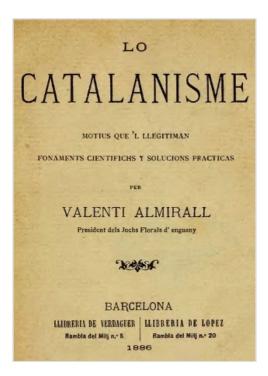
En el fondo, cuestión de ADN

Manuel Parra Celaya

Es pasmosa la habilidad de los ingenieros de ese subterráneo Ministerio de la Corrección Política para poner en circulación una terminología ajustada a las circunstancias y parámetros de obligado *cumplimiento* y conseguir que las gentes sustituyan en su habla las palabras nefandas -las que evocan conceptos exactos y rigurosos- por eufemismos o circunloquios que se mantengan dentro de lo necesario.

Véase como demostración el apelativo de supremacista aplicado a Quim Torra, con el que se pretende relajar la tensión social que provocaría llamarle, simple y llanamente, racista, dadas sus ideas sobre el ADN de los catalanes y de esas bestias que vienen a perturbar este Paraíso terrenal al que quiere conducirnos.

El Sr. Torra, al parecer licenciado en Derecho, es un hombre cultivado y, como tal, fiel seguidor de sus clásicos -no de otros-, a los que habría que denominar también como *supremacistas* históricos. Juzguen ustedes.



Así, Valentí Almirall que, en un folleto editado en 1886, afirmó que las razas que fueron poblando la Piel de Toro no se habían mezclado en absoluto, sino que el desarrollo histórico había aumentado sus diferencias; se distinguían, según este autor, dos etnias muy marcadas: la centro-meridional, semítica, y la anglosajona, que correspondía a la catalana; esta segunda era práctica y ahorradora, y la primera, descuidada y derrochadora. De todas formas, me dice el autor consultado (Juan Ramón Lodares. 2002) que D. Valentí acabó desengañado de sus catalanismos raciales. Menos mal; esperemos que a Quim le ocurra algún día lo mismo.

Otro cásico, sin duda, para el actual *president* es Pompeyo Gener, quien, en 1903, aplicaba otra distinción más elocuente: arios (los catalanes, claro) y semitas (los

demás); ¿les suena? No acaba aquí la cosa, sino que Pere Mártir Rosell, en 1917, proponía que la raza ario-catalana desterrara a la semita-castellana; y Mosén Riera, ya metido en la década de los años 20, afirmaba sin rubor que el catalán era una lengua de origen ario-gala, y el castellano descendía del iberorromano arabizado y, por tanto, contaminado de semitismo;

este mosén no estuvo a tiempo de introducir las urnas mientras decía la Misa, pero seguro que lo hubiera hecho de buena gana...

No sé si entre los clásicos de cabecera de Quim Torra estará Sabino Arana, quien, por cierto, se inspiró para sus teorías racistas o *supremacistas* en lo que vio y vivió entre sus congéneres del separatismo catalán de la época; todo cabe, pues sabemos que el flamante presidente de la Generalidad es muy leído. De todas formas, es posible que este ande algo enfadado con el PNV actual, que ha elegido el sabroso plato de lentejas que le ofrece Rajoy en lugar de solidarizarse con el separatismo catalán (mientras, eso sí, van preparando su propio procés - desconozco cómo se dice en vascuence- de acuerdo con Bildu).

Todas aquellas curiosas y peregrinas teorías acabaron derivando, tras la 2ªGM y por razones evidentes, ya no en la *raza*, sino en la *lengua*, y de ahí el efecto nacionalizador que le quieren dar los separatistas a esta, con lo cual pretenden crear un conflicto lingüístico y cultural que nunca hemos tenido los catalanes de a pie.

Pero en el subconsciente colectivo de los secesionistas aletea constantemente la invocación a lo racial como elemento diferenciador tajante. ¿Recuerdan al aquel Heribert Barrera -hoy desaparecido de la política por un escotillón apresurado- que pedía que *las sevillanas se bailaran en Sevilla* y en cuyos textos se hallaban perlas como la siguiente de 2001: *Hay una distribución genética en la población catalana estadísticamente diferente a la población subsahariana, por ejemplo* (...) *Hay muchas características que vienen determinadas genéticamente, y probablemente la inteligencia es una de ellas?*

Evidentemente, por debajo de lo específicamente referido al idioma subyace en ellos lo étnico, que, por lógica, también debe manifestarse en lo biológico y en lo corporal; acaso ese subconsciente colectivo al que aludo haya impulsado las palabras de Torra cuando ha pedido recientemente una nueva musculación del separatismo, para poder llevar a cabo de manera efectiva su *república independiente*.

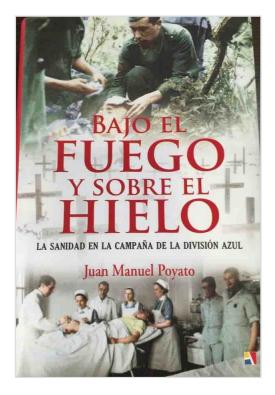
Sea como sea, la cuestión es que no paro de sobresaltos. En mi ADN figuran, seguro, elementos procedentes de Murcia, de La Mancha y de la Cuba española, además de los estrictamente catalanes, que no serán probablemente predominantes en la interpretación supremacista del *president* y de su futuro gobierno, esté integrado o no por presidiarios y huidos de los tribunales.

Mi alternativa es, pues, dolorosa: o el gueto o el exilio. Y eso en el supuesto de que no pretendan aplicarme medidas más drásticas y vitales.

Los pediatras de la División Azul

María Fidalgo Casares para Mundiario

Bajo el lírico título de "Pediatras en el Frente del Este (1941-1943): Cuento de Hadas español para unos tristes niños rusos" se desarrolla el premiado trabajo pediátrico-militar del Doctor en Urología y escritor Juan Manuel Poyato. En él aborda por primera vez las especiales relaciones de los médicos españoles destinados en el frente soviético con los niños rusos. No ha sorprendido este galardón, porque el Doctor Poyato es autor de la gran obra ha sido Bajo el Fuego y sobre el Hielo, que fue analizada en MUNDIARIO una de las obras cumbres de la bibliografía divisionaria, en la que por primera vez y de forma rigurosa y científica se aborda el tema de la sanidad en su conjunto. Se ha convertido en la obra de referencia en cualquier estudio sobre el tema.



El Doctor Poyato comienza el trabajo distinguido por la revista Ejército con una aclaración fundamental v no suficientemente conocida. A diferencia de otros países, la Sanidad Militar española en campaña se caracteriza desde los tiempos de los tercios por unos valores y una actitud operativa que no se centra en la protección y la promoción de la salud de los efectivos propios, sino también en la de los otros contendientes. Por esa razón se extendió a la población civil autóctona. También analiza que, llevados por estos principios humanitarios, su comportamiento en la División Azul, difirió mucho del mostrado por los médicos germanos. Curiosamente, del total de 248 médicos militares divisionarios la mayoría tenían una sólida formación en Pediatría y Puericultura. Algunos contaban incluso con el título de especialista en su currículo. Esto trajo consigo el acercamiento natural de

los médicos españoles a la población infantil. La mortalidad entre 0 y 4 años de edad alcanzaba unas estremecedoras cotas por encima del 70%, había innumerables huérfanos abandonados a su propia suerte , otros malvivían entre los despojos de la guerra, la malnutrición afectaba a más del 95% de los niños.

Las principales causas del elevado fallecimiento infantil que identificaron los pediatras de la División fueron: diarrea y disentería; neumonía y otras enfermedades respiratorias; malaria y otras fiebres; prematuridad en el parto; hemorragias e infecciones durante o inmediatamente después del parto. Los pediatras divisionarios establecieron colaboraciones permanentes con

las doctoras rusas de la zona (los médicos varones estaban en el frente). Ellas se encargaron de administrar y distribuir los suministros, ropas, leche y demás alimentos que los divisionarios desviaban de sus propios provisiones. Los niveles de gestión y calidad asistencial alcanzados con los niños y adolescentes rusos atendidos rozaron la excelencia, no únicamente por la alta cualificación de los médicos divisionarios ni por disponer de la tecnología más puntera de la época, sino por el carácter entregado de los divisionarios y la implicación afectiva de todos los equipos sanitarios desplazados a 4.000 kilómetros de España, como así lo atestigua la memoria colectiva rusa que aún hoy recuerda su actuación.



Juan Manuel Poyato Galán (Sevilla, 1970) es Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Sevilla, con estudios de postgrado en las Universidades de Granada y Mainz (Alemania). Miembro de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla y de destacadas Sociedades Científicas, En el terreno de la Historia Militar ha sido distinguido con el Premio Joaquín Albarrán (2003) por sus investigaciones sobre el Holocausto.

Conferenciante de gran altura, que se caracteriza por ombinar erudición, amenidad y emoción, tiene varios trabajos en preparación. Hasta la fecha, su obra cumbre ha sido "Bajo el fuego y Sobre el Hielo", publicado por la Editorial Actas que ha patrocinado recientemente una conferencia en Madrid sobre la Pediatría y la División Azul con un gran éxito de público.

3

Dionisio Ridruejo, un espíritu pegado a la piel de España

José Javier Esparza en La Gaceta

Vamos a empezar recreando una escena. Estamos en el Madrid de 1935. José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, ha convocado en el bar vasco "La Cueva del Orkompon" a un ramillete de los jóvenes poetas del movimiento: la "escuadra de poetas". De la asamblea tiene que nacer un himno para la Falange. Allí están algunos nombres importantes de la cultura española: José María Alfaro, Agustín de Foxá, Pedro Mourlane Michelena, Jacinto Miquelarena, Rafael Sánchez Mazas y el marqués de Bolarque; también

está Dionisio Ridruejo. El himno ya tiene música: es el Amanecer en Cegama del falangista guipuzcoano Juan Tellería. Le falta una letra, y esa es la misión de la "escuadra de poetas". De esa reunión saldrá el Cara al Sol, el himno de Falange. Dionisio Ridruejo escribe dos versos: "Volverán banderas victoriosas / al paso alegre de la paz".

¿Quién era este Dionisio Ridruejo? Un muchacho de Soria. Había nacido en El Burgo de Osma en 1912, en una familia conservadora y tradicional. Estudió en Segovia, Valladolid y Madrid para acabar en la Universidad María Cristina de El Escorial. Hondamente patriota y católico, Dionisio vive con preocupación las convulsiones de la España republicana. La derecha convencional le parece tibia. José Antonio Primo de Rivera funda en octubre de 1933 un movimiento nuevo: Falange Española. Ridruejo se afilia inmediatamente. La sintonía con



el líder falangista no es sólo política: nuestro autor ya ha escrito un primer libro de poemas, *Plural*. José Antonio aprecia el estilo del joven soriano. Sobre la poesía se construye su amistad.

Poeta, pues, pero poeta de combate, inmerso de hoz y coz en el activismo político. En marzo de 1936, el gobierno del Frente Popular declara ilegal a la Falange y encarcela a sus dirigentes. La "primavera trágica" de 1936 conduce inevitablemente a la

guerra civil. Ridruejo está en Segovia. Allí la guarnición militar se subleva el 19 de julio. La Falange local participa en la toma del poder. Será cruenta. Pero Ridruejo no irá a las trincheras. Desde el primer momento se le encomienda una misión distinta: la Propaganda del bando sublevado.

"Propaganda": hay que entender el término en el sentido que tenía en la época, derivado de "propagar"; fabricar ideas y comunicarlas. Y para una España en guerra, será una propaganda de guerra. Los tópicos recientes nos han vendido la imagen del bando nacional como una caterva de señoritos despóticos, militares golpistas y obispos corrompidos. Evidentemente, eso no es verdad. En el bando nacional había un pueblo: la mitad del pueblo (la otra mitad estaba en el otro lado). También nos han vendido la idea de que el mundo de la cultura estaba con el Frente Popular, y tampoco es verdad. A Maeztu y Muñoz Seca los fusilan los republicanos. Ortega, Marañón y Pérez de Ayala —los padres intelectuales de la Repúblicatienen que huir del Madrid rojo. Mientras, el bando sublevado crea su propia elite cultural. En torno a Serrano Súñer se constituye un grupo de intelectuales falangistas que va a sentar

la directriz estética de los "nacionales": ahí están Antonio Tovar, Laín Entralgo, Foxá y Giménez Caballero, por ejemplo. Y está, de manera muy destacada, Dionisio Ridruejo.

La influencia de Ridruejo en la propaganda nacional es importante. Él es uno de los principales creadores de la estética del alzamiento. La guerra se justifica por la liberación de España; en la sangre hay un fondo de hermosura. Sobre el paisaje estético de la España imperial —yugos y flechas, guerreros cristianos, cruzados poetas- se dibuja el repertorio temático falangista: el trabajo, el pan, la patria y la justicia. Esa estética expresará perfectamente el espíritu de media España, sus esperanzas y sus sueños. No fue obra exclusiva de Ridruejo, pero la aportación de nuestro autor fue fundamental. Y esa aportación no se limita al periodo de la guerra: tras la victoria, Dionisio es nombrado Jefe Nacional de Propaganda. Su papel seguirá siendo el mismo: crear la estética del Movimiento. En 1940 funda la revista Escorial con Laín Entralgo. La nómina de talentos que se agrupa en torno a ese polo es notable: Torrente Ballester, Xavier de Salas, Masoliver, Fontana, Ros, Escotado, Carlos Sentís, Obregón, Martínez Barbeito, Edgar Neville, Luis Escobar, García Viñolas, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco... Dionisio ejerce un liderazgo indiscutible. Y hay que decir que jamás será un sectario: en estos mismos años recupera a Antonio Machado desde la revista Escorial e intercede por Miguel Hernández, que cumple condena por "rojo".

Lanzado con vehemencia a la cruzada, Ridruejo da en 1941 un nuevo paso: Alemania ha invadido la Unión Soviética, los falangistas organizan una fuerza para combatir al comunismo, nace la División Azul y Ridruejo se alista. Se alista como soldado. Hay quien dice que así quería enmendar su ausencia de las trincheras durante la guerra civil. Otros aventuran que se marchó por amor. Puede ser. Pero más bien creemos que Dionisio fue allí como tantos otros miles de españoles: porque se consideraba inmerso en una cruzada contra el bolchevismo. Y así tenemos a nuestro poeta en Rusia, llevando una vida para la que, evidentemente, no estaba hecho. Volverá enfermo y quebrantado. Por el camino, escribió poemas como este:

"Anteayer dormí en el prado sobre el olor de la hierba, ayer entre los pinares, hoy en la tranquila selva, mañana, raso con raso, solo entre el cielo y la tierra. El alba de cada sol nuevo campo me revela, y el sueño de cada noche las mismas hondas estrellas. En el día se recorre lo que en la noche se sueña:

siempre la misma esperanza
bajo distinta promesa,
y en la noche se vigila
todo lo que el paso deja,
compañía militar
en camino de la ausencia.
¿Cuánto será lo que avanza
y cuánto lo que regresa?
Corazón aventurado:
¿qué miras en lo que sueñas?
La sangre, toda la sangre.
La tierra, toda tu tierra."
(De En marcha)

Conviene no perder esto de vista: Ridruejo era un poeta, y lo seguía siendo cuando hacía política o cuando hacía propaganda o cuando vestía el uniforme alemán en Rusia. La crítica dice hoy que Dionisio era mejor prosista que poeta. Incluso califica su poesía como "cursi". Esos calificativos hay que cogerlos con pinzas, porque hace muchos años que la crítica, tanto en poesía como en otras artes, considera "cursi" cualquier cosa que no huela a estiércol, berza o sobaco, y ya no digamos cuando se trata de épica o de espiritualidad. Como poeta, Ridruejo quiso ser el heraldo de una estética neo-imperial —la estética falangista- que se caracterizaba por el estricto clasicismo en las formas y por un abanico temático muy concreto: el amor, la muerte, Dios, el paisaje castellano, la patria... A esa estética se la llamará "garcilasista", porque toma como referencia a Garcilaso de la Vega, el poeta soldado, el que combate soñando con una belleza ideal y lo hace, además, en el marco de la España imperial. En torno al garcilasismo nace en 1943 la revista Garcilaso. Juventud creadora, dirigida por José García Nieto. En sus páginas escriben Rosales, Vivanco, Panero, Gerardo Diego... También Ridruejo, claro.

Pero Ridruejo, siendo ante todo poeta, nunca fue sólo poeta. Incluso había mezclado en su interior, de forma indisoluble, la poesía y la política. Y el Ridruejo que vuelve de Rusia, que se siente a sí mismo como el falangista puro, como la encarnación estética del nuevo régimen, queda decepcionado por lo que encuentra en España. El régimen de Franco no está haciendo la revolución: entre militares, eclesiásticos y monárquicos, la Falange se borra. Así que Dionisio coge la pluma y escribe una carta a Franco. Es 1942. "La Falange gasta estérilmente su nombre y sus consignas amparando una obra generalmente ajena y adversa, perdiendo su eficacia", le dice Ridruejo al Caudillo. Lo que ha nacido en España no es la revolución soñada, sino un "burocratismo inoperante". El régimen –dice- "se hunde como empresa aunque se sostenga como tinglado". Ridruejo quería que la Falange tomara el mando y aplicará su revolución social y nacional. Como eso no pasó, Ridruejo se sentirá defraudado hasta la exasperación. Algunos se acomodaron a las circunstancias. Él, no.

El régimen no reaccionó con demasiada dureza: se limitó a confinar a Ridruejo en Ronda, primero, y en San Cugat del Vallés después. Se trataba de mantenerlo alejado de Madrid, donde habría podido ejercer una influencia poco oportuna en otros "camisas viejas" de la Falange. Por lo demás, Ridruejo sigue publicando: en este periodo aparecen Fábula de la doncella y el río, Sonetos a la piedra, En la soledad del tiempo, Poesía en armas (Cuaderno de la campaña de Rusia), Elegías... Es un represaliado político, pero las represalias se limitan a eso: a lo político.

En 1948 la agencia Pyresa le ofrece la plaza de corresponsal en Roma y Dionisio la acepta. Será una experiencia decisiva, porque allí Ridruejo asiste al nacimiento del mundo de posguerra. El eje se ha hundido, el fascismo sólo ha dejado tras de sí las ruinas de la guerra y lo que aparece ahora es un orden completamente distinto. Desengañado como estaba del régimen de Franco, la conclusión se imponía por sí sola: también España debía entrar en ese mundo que surge de las cenizas de la segunda guerra mundial, y eso pasaba por modificar la realidad política española. A partir de este momento, Ridruejo empieza una evolución singular: nunca dejará de ser un personaje incómodo para el régimen, pero tampoco nunca dejará de gozar de una libertad notable. En 1950 recibe el Premio Nacional de Poesía por su compilación En once años. Poesías completas de juventud (1935-1945). Se instala en Madrid y se cartea con los ambientes de la disidencia tolerada: liberales, democristianos, monárquicos... Ridruejo se va convirtiendo en una referencia para los descontentos.

El año de 1956 marcará un punto de inflexión en esta trayectoria. Han pasado ya más de quince años desde el final de la guerra: ha crecido una generación nueva cuyos deseos de cambio chocan con el anquilosamiento del régimen. Dentro del propio régimen aparecen voces percibidas como inconformistas. En ese año de 1956, unos disturbios estudiantiles someten al régimen de Franco a una severa prueba. Ridruejo aparece por medio. Se le acusa de participar en un movimiento revolucionario con militantes del Partido Comunista; termina en la cárcel. Es verdad que había comunistas: Sánchez Dragó, Javier Pradera... Pero Ridruejo no lo sabía. Eso le librará de penas mayores. Ahora bien, su posición personal quedaba seriamente comprometida: para el régimen dejaba de ser un disidente y se convertía en un enemigo. En 1957 intenta hacer valer su condición de "camisa vieja" y envía un nuevo informe a Franco denunciando la situación política. Intento inútil. Acusado de haber formado un partido ilegal, "Acción Democrática", será llevado de nuevo ante los tribunales. Finalmente, decide poner tierra por medio: se marcha a dar clase a los Estados Unidos.

¿Dónde está exactamente Ridruejo en este momento? No es fácil decirlo. Sigue siendo un patriota católico. No es un socialista. ¿Liberal? Sólo en el sentido que entonces se daba en España a esta palabra, donde "talante liberal" era sinónimo de diálogo y reformismo. También estaba cerca de la democracia cristiana, pero con más énfasis en las reformas sociales. En el fondo, seguía fiel a los viejos principios falangistas, pero con una variante decisiva: la estructura jerárquica del Estado quedaba atrás para virar hacia una concepción

democrática de la vida política. Este giro tiene también consecuencias en su estilo literario: se va alejando del patrón garcilasista para acercarse a lo que se llamará "poesía desarraigada", una estética existencialista donde la duda y el malestar se adueñan del sentimiento. En 1961 publica un ensayo muy importante: Escrito en España, que aparece en Argentina para evitar problemas con la censura. No es un texto doctrinal ni programático; es más bien la expresión de un sentimiento vital, el depósito de las reflexiones acumuladas a lo largo de veinte años de desengaños. Conste que no por eso Ridruejo será perseguido: el régimen de Franco era una dictadura, pero no un estado totalitario. Así la editorial Aguilar puede publicar con toda libertad en 1962 la compilación poética de Ridruejo Hasta la fecha. Ese año de 1962 es importante para nuestra historia. Ridruejo acude a un encuentro convocado en Munich, Alemania, por distintas ramas de la oposición. Es lo que el régimen llamará "el contubernio de Munich". Hay monárquicos, democristianos, liberales, también socialistas... En lo que concierne a Ridruejo, el régimen considerara que ya había llegado demasiado lejos. Ello no obstante, la Revista de Occidente publicará su Cuaderno catalán. Ridruejo ya se había convertido en una de las cabezas de la oposición política a Franco. Buscaba un camino entre la democracia cristiana y el socialismo: quiere ser patriota, cristiano y social a la vez. Si primero había fundado el Partido Social de Acción Democrática, después lo intentará con la Unión Social-Demócrata Española. Pero una vez más hay que insistir en que el régimen no buscará anular a Ridruejo, cosa que podía haber hecho sin el menor esfuerzo. A Franco se le atribuye una frase reveladora: "A Dionisio, que no le falte de nada". Que cada cual saque las conclusiones que quiera.

El último libro de Ridruejo fue Casi unas memorias, una obra muy importante porque ponía sobre el tapete un asunto extremadamente espinoso: la violencia de la guerra civil y la represión de la posguerra. Y quien la ponía era precisamente alguien que había construido poemas a la guerra. Vale la pena citar algunas palabras de Casi unas memorias:

"Lo cierto es que la guerra absorbía estos escrúpulos y amarguras como absorbía las reservas y temores sobre su desenlace. Con sus horrores y calamidades la guerra sólo puede definirse con la certera palabra empleada por Malraux: L'Espoir. Esa esperanza lo llenaba todo y emboscaba, ante la subjetividad entregada de miles o millones de hombres, las figuras del asesino, del especulador y del prepotente, atentos al cálculo (...). Conviví, toleré, di mi aprobación indirecta al terror con mi silencio público y mi perseverancia militante".

Esta asunción de culpa por parte de Ridruejo fue muy valiente, pero no será muy afortunada. Por una parte, a los franquistas les sentó muy mal, y con razón. Por otra, la izquierda la utilizará no para pedir perdón a su vez por sus propias violencias, sino para endurecer su discurso victimista y vengativo. Ridruejo, en todo caso, no pudo contestar ni a unos ni a otros. La muerte se lo impidió. Pocos meses antes de la aparición prevista (en Planeta) de Casi unas memorias, Dionisio Ridruejo moría en su casa, en Madrid, el 29 de junio de 1975, con 64 años y el corazón envejecido y cansado. Franco seguía en el poder. Otros, sin

embargo, movían ya los hilos para transportar al régimen hacia una apertura democrática. Y quienes movían los hilos eran, también, gentes de camisa azul.

Y bien, ¿qué queda hoy de Ridruejo? Primero, un estilo, una literatura, siempre estimable tanto en el joven poeta garcilasista como en el veterano ensayista escéptico y melancólico; Ridruejo es una lectura indispensable. Segundo, un testimonio personal de un hombre al que se le podrán hacer muchos reproches, pero cuya integridad está fuera de toda duda. Tercero, y no menos importante, el significado de su trayectoria política e intelectual, que sirve para entender muchas cosas de cuantas pasaron en España desde 1936 hasta 1975. No son pocos títulos para traerlo aquí, a nuestra biblioteca de disidentes maestros para pensar.

4

Las debilidades de un editor falangista (I)

Servando Rocha para Agente Provocador

«España no fue lo que esperábamos», confiesa el escritor y premio Nobel John Steinbeck en una carta enviada a su amigo Pascal Covici el 18 de abril de 1952. En sus palabras hay una mezcla de asombro y desengaño. Por vez primera ha visitado España, concretamente Madrid, Toledo y Sevilla, en plena época dura de un franquismo que buscaba apoyos y alianzas, y sus oligarcas eran conscientes de los peligros del aislacionismo en un escenario internacional que, casi sin excepción, perseguía firmar acuerdos bilaterales estratégicos.

Steinbeck le escribió desde París escasos días después de abandonar España, un país que describió como «contradictorio» incluso para alguien como él, que tiempo antes había



visitado Rusia en compañía del fotógrafo Robert Capa, donde triunfaba el totalitarismo y sobre el que incluso escribió un libro (*Diario de Rusia*). Tampoco allí, en las frías latitudes de la hoz y el martillo, cuando aún muchos intelectuales europeos se negaban a aceptar la existencia de gulags, encontró lo que esperaba y sus críticos cargaron contra él por no haber sido más duro en sus opiniones sobre el «monstruo» rojo.

España, según él, fue otra cosa. Se hospedó una semana entera en el Hotel Palace, en pleno centro de la capital. No lo hizo solo. Lo

acompañaban su actual esposa Elaine Scott junto a su amigo, el artista y escritor sueco Bo Beskow. Luego siguió camino de Sevilla, atraído por la tradicional Feria de Abril, algo que volvería a hacer dos años más tarde en un itinerario prácticamente idéntico. Durante su estancia en Madrid visitó el Museo del Prado, aunque le resultó agotador el incesante trasiego entre cientos de obras: «Muchas impresiones, quizás demasiadas. Es duro ver tanto en tan poco tiempo», dijo con amargura, algo que repetiría en su maravilloso Viajes con Charley en busca de Estados Unidos. En el libro, el escritor emprende un vasto viaje por el prácticamente inabarcable territorio de Estados Unidos con un objetivo que casi parece el sueño de un loco: determinar qué es eso de ser estadounidense, o si acaso existe algo semejante. No salió como esperaba. A mitad de travecto surgieron los peligros propios de la acumulación y el exceso de estímulos. Aquel pasado, por su pesadez y carácter apabullante, le resultaba incomprensible. Había cruzado decenas de estados y hablado con centenares de personas, pero cuando el viaje comenzó a acercarse a su final se sintió desolado y abatido. También se reconcilió consigo mismo y, de paso, con aquella «loca» idea. No era posible. «No me sentía capaz de asimilar lo que me iba entrando por los ojos», confesó, al tiempo que aparecía el fantasma, ese que años antes se le apareció en su visita al Museo del Prado, afirmando haber «sentido lo mismo en el Prado de Madrid después de ver un centenar de cuadros: la incapacidad empachada y desvalida de ver más».

Mientras tanto, en su país se agitaban las hogueras del anticomunismo y del *macarthismo*. Su amigo, el director Elia Kazan, que llevaría al cine su obra *Al este del edén*, publicada pocos meses después de su visita, testificaba ante el Comité de Actividades Antiamericanas. Abandonó un país pretendidamente libre (Estados Unidos) para ir hasta la boca del lobo (España) y, como sucedió con su libro, el viaje lo dejó sin respuestas.

Tras dejar Madrid fue hasta Toledo. También sabemos que regresó dos años más tarde, en 1954, y que nuevamente visitó Madrid y Sevilla. En esta última ciudad, se hospedó en el Hotel Madrid y quedó fascinado con el universo genuinamente gitano, esa misma Andalucía que desarmó a tantos intelectuales y artistas. Allí siguió los pasos de Cervantes, visitando el lugar en el que se levantó la vieja prisión donde comenzó a escribir el *Quijote*, como la suprema obra de la literatura de todos los tiempos que nació en medio de un cautiverio.

¿Cuáles fueron los motivos de aquel desconcierto? Antes de aterrizar se había preparado para la experiencia de vivir en un país desconectado del mundo, encerrado en su propio miedo y atenazado por la censura. Pero, como le confesó a Covici, aquel era un país «contradictorio» sobre el que resultaba muy difícil hacer cualquier tipo de generalidad. Nada más llegar hizo un gran descubrimiento. A pesar de que le habían advertido de la censura franquista y que sus libros estaban prohibidos, comprobó que no era cierto: «He visto que mis libros son incluso muy populares», escribió entusiasmado. Su sorpresa fue mayúscula. Desconcertado, intentó explicarlo como el resultado de un miedo anticipado. «Quizás sentía algún complejo de mártir y me daba una excesiva importancia», confesó a Covici.

Steinbeck ignoraba que precisamente su obra había llegado a España gracias a los esfuerzos de un puñado de editores falangistas, la mayoría creyentes en las «virtudes» de un totalitarismo que se mantuvo durante cuatro décadas. Esos editores, surgidos entre las filas del nacionalcatolicismo militante, fueron los culpables de la entrada en nuestro país de la obra de escritores internacionales, la mayoría de ellos considerados en sus países como díscolos y proclives al comunismo, como William Faulkner, George Orwell o el mismo John Steinbeck, cuya obra más célebre, *Las uvas de la ira*, había sido calificada en Estados Unidos como obra «incendiaria» y «roja», el *libro de texto* del Partido Comunista Americano.

El escritor, en aquel mes de abril de 1952, se encontró con las primeras traducciones mexicanas, argentinas y chilenas de alguna de sus obras. Pero había más. Desde 1949, su obra había comenzado a publicarse por los editores españoles y, al darse una vuelta por las librerías tanto de Madrid como de Sevilla, encontró ejemplares de *El ómnibus perdido* (*The Wayward Bus*, 1947, traducido por Fernando Diego de la Rosa y publicado por Luis de Caralt en 1949), *La perla* (*The Pearl*, 1947, traducido por Francisco Baldiz y también publicado por Luis de Caralt en 1951), e incluso de *Las uvas de la ira* (*Grapes of Wrath*, 1939, traducido por Hernán Guerra Canévaro y publicada por Planeta).

Estos editores forman parte de la memoria de España, la columna vertebral de buena parte de la edición contemporánea en nuestro país. Es una historia llena de luces y de sombras, tan contradictoria como aseguró el escritor que era ese país que visitaba. La lista la encabezan falangistas confesos y orgullosos que, en algún caso, manejaron la pistola al tiempo que leían a los mejores poetas.



Uno de ellos fue Luis de Caralt, el primero que publicó a Steinbeck, que apareció junto a William Faulkner —de quien tenía los derechos exclusivos en España—, bajo la etiqueta de «Los tremendistas». Caralt había sido concejal falangista en el Ayuntamiento de Barcelona y uno de los fundadores de la entonces (1939) clandestina Falange Auténtica. También había sido un hombre de acción. Durante la guerra civil fue jefe de centuria de la brigada

falangista de Nuestra Señora de Montserrat. En 1949, el año que publicó a Steinbeck, superaba la treintena y ya era famoso entre las filas de la *intelligentsia* falangista. Fue uno de los más decididos a dar rienda suelta al mundo de los grandes premios literarios. Aquel mismo año creó el Premio Ciudad de Barcelona. Eligió, además, una fecha que no tenía nada

de arbitraria: el 26 de febrero, el funesto día de la entrada de las tropas fascistas en Barcelona.

La lista de los premiados, en aquellas sus primeras ediciones, era una radiografía de la España de entonces. Y del reparto de poder. Ahora la cultura podía premiar los sacrificios hechos por los *suyos*, como los del pionero falangista Bartolomé Soler, galardonado por su novela *Patapalo* (1949), o de la abogada, también falangista, Mercedes Fórmica, por *Monte de Sancha* (1950). Poco cambió al año siguiente: Ricardo Fernández de la Reguera, antiguo combatiente fascista, recibió las mieles del éxito con *Cuando voy a morir* y, como finalista, Manuel Vela Jiménez, periodista y narrador muy próximo al grupo de la revista *Azor*; uno de los focos más importantes del falangismo y que era dirigido por el activísimo Luys Santa Marina, auténtico espadachín de la política cultural falangista, con *La hora silenciosa*.

Caralt ejercía un gran papel en el ambiente literario de aquella Barcelona. Tenía la editorial en una imponente casa señorial del barrio de Sarriá, al tiempo que dirigía una librería muy frecuentada situada en Las Ramblas, en el edificio de la empresa Tabacos de Filipinas, donde trabajaba el poeta Jaime Gil de Biedma. Además de como librería, funcionaba como sala de arte donde se exhibía la gran colección pictórica que con los años atesoró Caralt.



Su ritmo editorial era frenético. Publicó a Steinbeck, Alan Sillitoe, Thomas Mann o Jack Kerouac, entre cientos de autores, pero también obras ardientemente fascistas, como biografías claramente favorables sobre Hitler o Mussolini, entre otros, sin olvidar las obras de falangistas como Juan Aparicio o el mismo Luys Santa Marina, que se convirtieron en piezas muy valoradas por los fascistas hispanos. Curiosamente, este último, Luys Santa Marina, uno de los principales escritores falangistas, sufrió una censura por partida doble. Su novela Tras el águila del César (Elegía del Tercio, 1921-1922) fue calificada de «sádica» por el fiscal del Tribunal Popular que lo condenó a muerte en 1936. Años más tarde, tras librarse del fusilamiento, la censura franquista retiró su segunda edición por considerarla «contraria a las buenas costumbres». Santa Marina era carismático, un líder de una generación de literatos un tanto bohemios, estoicos y, en ocasiones, violentos. Guillermo Díaz-Plaja, en Memorias de una generación destruida, lo recuerda así: «Ya por entonces asombraba por su ascetismo. Vegetariano

—los del Ateneo decían que por Navidad mataba una coliflor—, austero, vivía en una buhardilla de la calle Fernando rodeado de libros de literatura mística castellana y de historias de las guerras carlistas».

«En aquellos dificilísimos años de la posguerra —cuando todos estábamos empeñados en reconstruir un país por entero devastado— pretendí, ante todo, difundir entre nosotros la mejor literatura europea y americana —confesó Caralt en una entrevista a Bonet, al tiempo que reconocía que había tomado como modelo de editor a su colega Janés—. Curiosamente, la censura nunca me prohibió la edición de aquellos novelistas extranjeros simpatizantes con la República. En cambio, la censura era dura, torpe e incluso grotesca ante los autores españoles». Más contradicciones. La quema resultaba en ocasiones desconcertante, desde luego, pero en España la música o el cine vivieron situaciones similares, en las que los autores nacionales eran sometidos a una férrea vigilancia mientras que, en ocasiones, los extranjeros se colaban sin oposición.

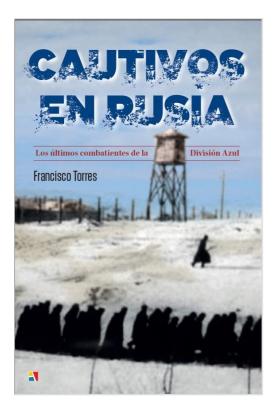
[.../...]

5

Cautivos en Rusia (de Francisco Torres)

María Fidalgo Casares para Mundiario

Existe abundante bibliografía y visibilidad mediática sobre los duros episodios vividos por los españoles en los campos de concentración nazis. Esto ha hecho olvidar que existieron otros totalitarismos padecidos también por compatriotas. Es el caso de los miembros de la División Azul, republicanos y "niños de la guerra" que estuvieron bajo el férreo yugo del



carcelario sistema comunista. Dentro de este episodio irrumpe con fuerza en el panorama editorial la obra "Cautivos en Rusia" del doctor Francisco Torres. Una obra que por su singularidad, va a convertirse en la referencia histórica del capítulo divisionario.

Y es que a muchos no deja de sorprender que la División Azul se haya convertido en uno de los temas históricos más punteros del momento. Ello ha desencadenado una enorme e interesante producción bibliográfica que dado el sino de los tiempos, sólo puede explicarse por el gran atractivo que sigue ejerciendo la campaña soviética.

Más de 500 soldados españoles, miembros de la División Azul, que combatían como voluntarios en una unidad integrada en la Wehrmacht, cayeron prisioneros en manos del Ejército Rojo, la mayoría de ellos en la

famosa batalla de Krasny Bor. Al perder Alemania la guerra, se vieron confinados en los campos de prisioneros del Gulag y, por empeño personal de Stalin, permanecieron allí mucho más tiempo que los cautivos de las demás nacionalidades, incluidos los alemanes. Así se vengaba por la humillación sufrida en a Guerra Civil española en la que había puesto muchas esperanzas.

Aunque el término gulag es el acrónimo de Glávnoie upravlenie ispravítelno-trudovyj lagueréi i koloni, es decir, Dirección General de Campos de Trabajo, es el nombre con el que pasaron a la historia los campos de trabajo para presos políticos (enemigos de la patria) en la Unión Soviética de Josef Stalin. Estos españoles no serían liberados hasta 1953, tras la muerte del tirano soviético.

Muchos de los divisionarios no sobrevivieron, y los que lo hicieron quedaron marcados de por vida. La mayoría arrastraron graves secuelas físicas y psicológicas consecuencia de las condiciones infrahumanas (un sistema carcelario militarizado con durísimas condiciones de trabajo, bajísimas temperaturas, largas jornadas sin descansos, combinadas con una deficiente alimentación) que padecieron los 11 años de cautiverio.

Sin embargo, pese a su terrible reclusión, no perdieron la esperanza y el presidio se convirtió en un ignoto combate por la libertad y la dignidad. Tanto es así que uno de sus protagonistas, el famoso Capitán Palacios, calificó esta experiencia como «la batalla de los 11 años». Una batalla que continuaron luchando, porque muchos de aquellos prisioneros ni se sentían derrotados, ni asumieron nunca que su guerra contra ese totalitarismo hubiera terminado.

La obra hace un recorrido exhaustivo y minucioso, que huye del maniqueísmo para desvelar con luces y sombras la realidad de aquellos que, pese a la desolación moral, que reinaba en los Gulags,, mantenían viva la llama del combate: el enfrentamiento entre "los resistentes", que se rebelaban ante el sistema y los antifá, antifascistas colaboradores- a veces guardias auxiliares- que gozaban de privilegios y esperaban salir en libertad.



Torres en todo ello, no busca el dramatismo, sino las vivencias reales a través de los testimonios y los documentos. Habla desde abajo, desde los hombres, y rompe con la visión tradicional que se tenía de los hechos, extraída de algunas memorias.

Dentro de la producción sobre la División Azul hay un subapartado; la literatura divisionaria

del cautiverio. Memorias, algunas de ellas de gran valor, de prisioneros que cuentan su experiencia personal en los campos de trabajo. La obra de Torres se distingue de todas ellas porque está concebida como una gran obra coral y por ser una rigurosa obra de investigación. El autor ya se había hecho un hueco preferente entre la reciente bibliografía histórica por su magna obra "Soldados de Hierro", primer estudio antropológico sobre el contingente español en la Segunda Guerra Mundial.

Con el mismo rigor, y como siempre con una exhaustiva labor de documentación, aborda lo acontecido en aquel gélido infierno. Aporta numerosos testimonios de los prisioneros, tanto directos, como documentación personal y declaraciones realizadas ante las autoridades militares sobre el cautiverio. Como gran novedad, identifica un número de prisioneros superior al reconocido hasta hoy en un centenar, casi medio millar de prisioneros de guerra a los que se añaden los desertores. En este último caso, demuestra que fue un número inferior al que suele barajarse.

El libro, publicado por la Editorial Actas y de casi mil páginas, incorpora un anexo de tablas biográficas de los prisioneros y casi 300 fotografías, muchas de ellas inéditas..Asímismo, la historia no termina cuando regresan a España en el Semiramis.. El autor no sólo ahonda en las gestiones llevadas a cabo desde nuestro país para lograr su liberación, sino que afronta hechos cruciales como lo sucedido tras "su vuelta a la vida": Las ayudas a la reintegración, el retorno a los puestos de trabajo, condecoraciones otorgadas y la dura recuperación psicológica.

"Cautivos en Rusia" es un relato duro, pero enriquecido con anécdotas e historias humanas que de forma amena, a veces transmitiendo con la fluidez de una novela, logra sumergir al lector en una narración en la que las historias individuales se van enmarcando en un contexto global. Mediante el análisis de los prisioneros, consigue articular la compleja dialéctica de lo individual con un prisma antropológico genérico que ahonda en la problemática colectiva. Estamos ante la obra definitiva porque constituye la más completa investigación hasta la fechas sobre el cautiverio de los miembros de la División Azul. A la vez es un sobrecogedor e impactante relato coral de historias humanas en situaciones límite.

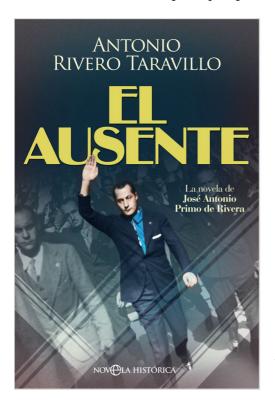
Rescata del olvido momentos de heroísmo, generosidad, compañerismo, solidaridad, sacrificio y esperanza del retorno a la patria. Pero, sobre todo, muestra el valor de caer y saber levantarse firme por un ideal. Valores que brotaron de la condición humana de aquellos españoles, auténticos Soldados de Hierro, no sólo en el frente sino en la más atroz y cruel adversidad

Manuel Parra Celaya

Otro libro sobre José Antonio, exclamará un asiduo a los anaqueles de novedades de las librerías; y esa palabra otro tendrá todo el valor de un diagnóstico ante un fenómeno literario y un testimonio político y social ante el relativismo de nuestros días.

Son casi innumerables, en efecto, los libros que, en lo que llevamos del siglo XXI, tan alejado de aquellas exégesis durante el Régimen anterior, se vienen publicando sobre el fundador de la Falange, Nos preguntamos a qué otro personaje político coetáneo del biografiado se ha dedicado tanta tinta de imprenta. Y la segunda pregunta inteligente es el porqué.

José Antonio Primo de Rivera aparecía citado, en alusiones y referencias, en otras muchas novelas; recordemos, por ejemplo, Camisa azul, de Felipe Ximénez de Sandoval (que ha



merecido recientemente una nueva edición en Argentina), la tetralogía de José M.ª Gironella, Tres días de julio, de Luis Romero, Camaradas 74, de Tomás Salvador o, como personaje principal, imposible y ucrónico, en Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera, de Carlos Rojas; también, como símbolo encarnado en figuras caballerescas, en obras de Ángel María Pascual (Amadís, Don Tritonel de España, San Jorge o la política del dragón). Pero, que uno sepa, nunca había sido escrita una novela histórica cuyo protagonista fuera José Antonio.

Ahora, por primera vez, a la manera de un Galdós o un Fernández de la Reguera, Antonio Rivero Taravillo nos ofrece una suerte de episodio nacional titulado *El Ausente*, a modo de espléndido regalo para quienes, partidarios o no de las ideas falangistas, pero, en todo caso, con la mente libre de prejuicios, quieran asomarse

a las razones de un personaje de la historia de España que, por lo visto, sigue dando que hablar y contribuyendo a mantener las empresas editoriales.

El Ausente recoge los tres últimos años de la vida de José Antonio, es decir, lo que se ha venido en llamar su vida política, con inclusiones rememorativas -sin llegar a ser saltos en el tiempo- en sus recuerdos anteriores; el autor -según propia confesión recogida en el epílogose ha documentado previa y profusamente a la hora de retratar a su biografiado; así, para los conocedores, pocos episodios pueden sorprender por su contenido, aunque sí por el enfoque; para los no versados, cada página puede ser un descubrimiento.

Fiel a la cita de Boswell que abre el libro (...relatar todo lo importante en su vida, pero entretejiéndose con lo que en privado escribió, dijo y pensó...), Rivero Taravillo incluye párrafos enteros de la prosa joseantoniana; estos textos, imprescindibles, quedan en ocasiones fuera del contexto en que se dieron, pero no por ello pierden su valor y dejan de ser decisivos para conocer las ideas y motivaciones del protagonista; el algunos casos, esta situación de estar fuera del contexto, puede deformar, en alguna medida, las apreciaciones de José Antonio sobre el mundo que le rodeaba, como el caso de su opinión final sobre el fenómeno del fascismo, en el que la introducción de un condicional sintáctico (si el fascismo queda en religiosidad sin religión, pasa a ser fundamentalmente falso...) trastoca la aseveración original (el fascismo es fundamentalmente falso...) del último bosquejo de ensayo de José Antonio, su Cuaderno de notas de un estudiante europeo.

El libro contiene mucho más de historia que de ficción, por supuesto; dejo el análisis de lo primero a los eruditos e historiadores, como mi gran amigo José M.ª García de Tuñón, y me centro en algún comentario de la parte literaria; el autor nos deleita con una excelente prosa poética que, lejos de ser almibarada, parece estar en consonancia con aquella elegancia en el decir y en el escribir que caracterizó al protagonista de la obra.

Otro acierto es la alternancia de capítulos en primera persona, en los que José Antonio habla, reflexiona, se enfada, duda y ama (no se obvia su vida sentimental, como es de rigor), como ser humano elevado, malgré lui, a la condición de hombre público y de líder de un partido revolucionario. Vemos de este modo su peripecia histórica y personal desde dentro y desde fuera, con las contradicciones inevitables entre deseos y realidades, lo que pudo ser y lo que fue; con ello, se ofrecen al lector muchas claves de la historia de aquellos turbulentos años. En esta narración de hechos, no se hurtan al lector de la novela episodios favorables o desfavorables, en un ejercicio de objetividad por parte de Rivero Taravillo ejemplo para historiadores y cura de humildad para apasionados.

He leído casi de un tirón El Ausente, en algunas ocasiones interrumpiendo la lectura para confrontar un dato o una cita textual, pero no me arrepiento en absoluto. Me ha servido para comprender mejor, si cabe, a un José Antonio hombre de carne y hueso y no mito.

Ese hombre que, en nuestros días, sigue siendo el político que fracasó con éxito, en frase del genial periodista Enrique de Aguinaga, ya que, aun cuando no logró construir la España que

deseaba en su mente, sí dejó tras sí una impronta de ideología esencial y un prototipo de ur estilo para los tiempos futuros.
Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com